y que, una vez persuadida al cabo de reiterados intentos sin obtener otro resultado que el consabido mensajito “internet explorer no puede mostrar la página” de que lo que pasaba era que la página en cuestión ya no existía, me limitaría a registrarla de nuevo yo misma, a mi propio nombre, y a recomponerla.

Recomponerla paso por paso, letra por letra, palabra por palabra, enlace por enlace[1] guiándome por los papeles encontrados[2], sin quitar ni poner ni modificar nada.

Esa era mi intención, pura y sencilla…[3]

[1] Porque al final entendí que aquello que yo llamaba “subrayados” – y si no llegué a denominarlos así sí desde luego que lo parecían – eran en realidad enlaces.

[2] Le diría que en la caja del microondas si no fuera porque no quiero volver a mencionar los canelones.

[3] Pero las cosas se complicaron.